P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**VARSOVIA 1943-1944
Y SACERDOTES POLACOS PRISIONEROS**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

El gueto de Varsovia.
Irene Sendler.
Irene Gut.
Levantamiento de Varsovia 1944.
Los jesuitas y los nazis.
Tanques alemanes.
Una enfermera valiente.
Una religiosa valiente.
Un sacerdote valiente.
El culto católico.
Vándalos alemanes.
La capitulación.
Sacerdotes polacos en Dachau.
La llegada.
Los trabajos.
El hambre.
Enfermedades.
Humillaciones.
Castigos.
Experimentos.
La liberación.

BIBLIOGRAFÍA

EL GUETO DE VARSOVIA

Los alemanes invadieron Polonia el 1 de septiembre de 1939. El 28 de septiembre fue la capitulación, después de que hubieran cortado el suministro de agua y energía eléctrica. Habían muerto en la invasión 50.000 polacos, el 15% de los edificios de Varsovia, incluido el Castillo Real, habían sido destruidos. Para celebrarlo, Hitler ordenó tañer durante una semana todas las campanas de Alemania entre las doce y la una del mediodía.

Goebbels en su Diario del 10 de octubre de ese año 1939 anota: *El veredicto del Führer sobre los polacos es irrecusable. Son totalmente primitivos, estúpidos y amorfos, más parecidos a animales que a seres humanos, con una clase dominante que es el resultado insatisfactorio de la mezcla entre el bajo orden y la raza aria de los amos. La suciedad de los polacos es inimaginable. Su capacidad para el pensamiento inteligente es absolutamente nula*¹.

Cerca de 5.000 sacerdotes polacos fueron internados en el campo de concentración de Dachau. Como no existía un gueto propiamente judío, el mando nazi decidió crear uno. Se ordenó a todas las personas que no estuvieran en posesión de documentación aria que acudieran al área designada, fuera cual fuera sus identificación. Los no judíos, residentes en ella, fueron expulsados y se pegaron carteles anunciando que cualquier judío descubierto fuera del gueto, sin permiso formal, sería ejecutado. Al cabo de un par de semanas la segregación de los judíos estaba prácticamente concluida. Quedaron separados del resto de la ciudad mediante un muro continuo de seis metros de altura con alambre de espino en lo alto y rodeado por guardias armados. La política cultural nazi se basaba en la afirmación descarada de que la cultura alemana era infinitamente superior a cualquier otra. Las instituciones culturales polacas, en la medida en que habían podido sobrevivir temporalmente, debían limitarse a las necesidades de una casta semieducada y subalterna de ilotas. En una discusión mantenida el 2 de octubre de 1940 sobre el trato a la población polaca, Hitler había afirmado su convicción de que los polacos habían nacido únicamente para realizar trabajos pesados. Así pues se cerraron todas las universidades, escuelas técnicas e institutos de Polonia. Todos los museos, galerías, bibliotecas, teatros, cines y salas de concierto fueron confiscados por los ocupantes para el uso de los alemanes. Se permitió que siguiera funcionando un rescoldo de escuelas primarias, periódicos y lugares de reunión en lengua polaca bajo la estricta supervisión de la Gestapo. La política económica de los nazis era igualmente despiadada. Todas las empresas estatales, las principales empresas privadas, todas las fábricas, todas las oficinas profesionales y todas las propiedades

¹ Norman Davies, *Varsovia 1944*, Ed. Planeta, Barcelona, 2005, p. 122.

inmobiliarias, grandes o de mediano tamaño, fueron confiscadas sin compensación ².

El gueto de Varsovia, atestado hasta los topes con gente traída de otras ciudades y del extranjero, era el mayor de los poco más o menos 800 guetos creados por los nazis en el territorio del Gobierno General de Polonia. Llegaron a vivir en él 380.000 personas. Estaba totalmente bajo control nazi, aunque las SS nombraron un Consejo de Ancianos judíos para administrarlo y una fuerza de policía judía para realizar la mayor parte del trabajo sucio. El presidente del Consejo judío, un abogado de Varsovia, se suicidó cuando su situación se hizo insoportable ³.

El gueto estuvo funcionando como tal desde noviembre de 1939 hasta mayo de 1943. Los habitantes del gueto estaban obligados a llevar un brazalete con una estrella de David amarilla y podían salir durante el día. A partir del 15 de octubre de 1941 sus puertas quedaron permanentemente cerradas y sus habitantes estaban condenados a una ejecución inmediata si se les descubría fuera, con lo que el gueto asumió gradualmente las características de un campo de concentración. A partir de enero de 1942 comenzaron a vaciarlo mediante deportaciones regulares a los campos de la muerte, principalmente a Treblinka. Tras el levantamiento armado de abril-mayo de 1943, se convirtió en un cementerio silencioso, habitado únicamente por un puñado de guardias SS y un grupo de prisioneros asignados a la limpieza de las ruinas.

La mayoría de los que estuvieron alojados eran judíos ortodoxos, aunque había gran número de judíos no creyentes o no religiosos y también un notable contingente de judíos católicos. Estos últimos, que acudían a rezar a la iglesia del Nacimiento de la Virgen, en el número 34 de la calle Leszno, atendida por sacerdotes católicos de ascendencia judía, eran bastantes numerosos en la Varsovia de entreguerras. Procedían de familias conversas que habían ocultado su identidad judía durante los dos siglos anteriores. Estos se veían discriminados por la policía judía, pero la Gestapo, cuando clasificaba a la gente, no se interesaba por la religión o por las diferencias entre judíos, lo único que les interesaba era su sangre judía ⁴.

En el gueto existían grandes diferencias entre ricos y pobres. Los habitantes de buena posición podían al principio comprar pisos de los propietarios desaparecidos y hacerse con joyas, objetos de valor y otros artículos de lujo, que más tarde debieron intercambiar por alimentos y servicios. Hasta

² Ib. p. 133.

³ Ib. p. 135.

⁴ Ib. p. 137.

1943 hubo en el gueto islas de riqueza en un océano de hambre y miseria. La mayoría de los vecinos de esas familias pudientes habían sido deportados o habían muerto de hambre y extenuación en las calles. En total, la tasa de supervivencia fue inferior al 1%. Las escenas más tristes eran las de los niños hambrientos. En 1941 cientos de ellos morían cada día en las calles con frecuencia en las cercanías de las tiendas de alimentación bien surtidas, donde los ricos gastaban su dinero. La lucha por la supervivencia no animaba a la caridad. Huérfanos desesperados, lo bastante flacos como para pasar por las grietas abiertas en el muro de madera del gueto, arriesgaban su precaria vida, haciendo contrabando ⁵.

Los ancianos judíos colaboraban con las SS, porque entre otras cosas querían limitar el sufrimiento de su pueblo. Los policías judíos se mostraban dispuestos a ayudarles a asesinar a otros judíos, porque pensaban que así aumentaban su propia probabilidad de supervivencia. El 19 de abril de 1943 estalló la sublevación. En esos momentos hubo héroes dando la vida por los demás y numerosos ejemplos de sacrificio heroico en hombres y mujeres, aunque también los hubo de lo contrario. Las enfermeras se esforzaban por aliviar el dolor de los niños en los hospitales infantiles y lo mismo se puede decir del equipo de médicos ⁶.

En abril de 1943 Goebbels, que conocía desde hacía varios meses la matanza de unos 25.000 oficiales polacos en el bosque de Katyn, quiso demostrar el hecho para resquebrajar la gran alianza con Rusia. En Varsovia los cines proyectaron un horripilante documental sobre la fosa común descubierta en Katyn el mismo día en que las SS lanzaban el asalto final contra el gueto de Varsovia.

IRENA SENDLER (1910-2008)

Irena Sendler, más conocida como “el Ángel del Gueto de Varsovia”, fue una enfermera y trabajadora social polaca católica, que durante la Segunda Guerra Mundial ayudó y salvó a más de 2.500 niños judíos del Gueto de Varsovia. A pesar de los ideales políticos y religiosos de la época, esta valiente mujer se jugó la vida para salvar a miles de inocentes. Fue candidata al Premio Nobel de la Paz en 2007, reconocida como Justa entre las naciones y nombrada dama de la Orden del Águila Blanca (distinción polaca).

⁵ Ib. p. 138.

⁶ Ib. p. 141.

Nació en Varsovia. Hija de un médico muy entregado a la comunidad judía. Cuando él murió, fue esa misma comunidad la que pagó los estudios de enfermería de Irena.

Tras la invasión de Alemania a Polonia en 1939 se creó el gueto de Varsovia en 1942. La simpatía que mostraba Irena hacia esta comunidad la llevó a unirse al Consejo para la Ayuda de Judíos, con el objetivo de paliar la epidemia de tifus. Entonces, los nazis se mostraron diligentes y permitieron que el cuerpo sanitario realizara su trabajo. Con el tiempo, Irena se dio cuenta del oscuro objetivo que guardaba la Alemania nazi para aquel lugar y decidió sacar a los más pequeños de aquel lugar.

A pesar de ser católica, decidió llevar un brazalete con la estrella de David, para no llamar la atención. Pronto, comenzó a visitar a varias familias judías, ofreciéndoles la posibilidad de llevarse a sus hijos fuera del gueto por distintos métodos. No les garantizaba el éxito, por eso muchas familias se mostraron reticentes.

Las familias que aceptaron, entregaron a sus hijos, y estos fueron sacados por medio de ambulancias en un principio, con el pretexto de que eran enfermos graves que se dirigían al hospital. Gracias a sus colaboradores consiguió ir sacando a los niños, aunque con el tiempo se convirtió en una tarea más difícil. Irena intentó convencer de nuevo a las familias a las que les había ofrecido su ayuda, aunque la mayoría de las veces no los volvía a ver. La inmensa mayoría había sido llevada a los campos de concentración por los trenes de la muerte.

A pesar de las dificultades, Irena no se dio por vencida. Siguió con su labor de enfermera y ocultó sus propósitos de esa manera. Comenzó a sacar a los niños del gueto dentro de bolsas de basura, ataúdes, etc. Mientras realizaba aquella labor de salvación, Jolanta, nombre en clave de Irena, registró a todos los niños que lograba sacar del gueto para que no perdieran su identidad. Algunos llevaban medallas, por ejemplo, pero nunca nada demasiado claro que los delatara.

El 20 de octubre de 1943, fue detenida por la Gestapo y llevada a la prisión de Pawlak, donde fue torturada, aunque nunca reveló el paradero de los judíos que escaparon. Finalmente, fue condenada a muerte. Sin embargo, un soldado polaco la liberó con la excusa de un interrogatorio adicional. Tras ese acontecimiento siguió trabajando bajo una identidad falsa y se encargó de no dejar ninguna pista, enterrando los registros en el jardín de una vecina.

Una vez que terminó la guerra, Irena desenterró las listas con los nombres de los niños judíos y la entregó al Comité de salvamento de los judíos

supervivientes. La mayoría de aquellos que escaparon fueron criados en orfanatos, por parejas anónimas, e incluso por conocidos de Irena pues sus familias biológicas perecieron en los campos de concentración.

Tras esa época tan oscura, se casó y tuvo hijos. La labor de Irena no fue descubierta hasta años después, donde fue reconocida su fotografía por miles de hombres y mujeres que aseguraron haber sido salvados y cuidados por esta enfermera.

Dijo: “La razón por la cual rescaté a los niños tiene su origen en mi hogar, en mi infancia. Fui educada como católica en la creencia de que una persona necesitada debe ser ayudada de corazón, sin mirar su religión o su nacionalidad”. Irena Sendler murió en 2008.

Es interesante la historia de la familia Ulm (Victoria y Joseph) que albergaron a dos familias judías (Szall y Goldmann) y fueron asesinados junto con sus 6 hijos y el bebé nonato. Todos ellos fueron beatificados por el Papa Francisco.

IRENE GUT (1922-2003)

En 1939, el ejército alemán invadió Polonia y en un mes el país fue derrotado y dividido entre Rusia y Alemania.

Irene se unió como voluntaria a una unidad del ejército y se ocultó en los bosques de Ucrania donde fue tomada como prisionera por soldados rusos, quienes después de violarla la dejaron abandonada en la nieve para que muriera. Escapó, pero luego fue arrestada en una redada entre ciudadanos polacos.

En abril de 1942, Gut fue testigo de un hecho que transformaría su vida. Vio cómo un oficial nazi arrojaba un niño al aire y le disparaba, como si se tratara de un pájaro. No siendo capaz de soportar y ser testigo del creciente barbarismo por parte de los alemanes, comenzó a participar en la lucha para salvar judíos de la masacre. El terror crecía. En el mercado público, los soldados de la Gestapo la obligaron a observar, junto con otros polacos, el linchamiento público de una pareja de judíos y de su protector polaco que había tratado de ayudarlos.

Mientras llevaba a cabo trabajos forzados en una fábrica de municiones, Irene atrajo la atención de un Mayor alemán de 70 años, Edgard Rugemer quien le encontró un trabajo más adecuado en la cocina de un hotel para oficiales alemanes. Las cocinas se encontraban cercanas a los muros del gueto local y cada noche, ella recogía las sobras de la comida y las pasaba a escondidas a través de las cercas de alambres de púas. Increíblemente, Gut no fue descubierta durante meses. Tuvo éxito en sus esfuerzos.

Pronto, comenzó a pasar judíos a escondidas fuera del gueto hacia los bosques. En toda Polonia, los vastos bosques sirvieron de refugio a judíos frente a la persecución alemana. Ella repetía esta operación una y otra vez.

El Mayor Rugemer rápidamente la promovió como su ama de llaves en una villa que había sido expropiada por los alemanes. Esta villa contaba con un gran sótano donde Irene escondió a doce judíos que estaban por ser deportados a las cámaras de gas. Ellos salían del sótano todos los días y la ayudaban con sus tareas.

El Mayor Rugemer pasaba generalmente el día afuera, pero un día llegó inesperadamente más temprano y se sorprendió al ver judíos viviendo en su casa. Inmediatamente, se dirigió a llamar a los oficiales de las SS, pero antes de que pudiera realizar la llamada, Irene le suplicó que perdonara la vida de los judíos. Rugemer hizo un trato con ella; sus vidas a cambio de su cuerpo. Gut no tuvo otra alternativa. Se convirtió en su amante a fin de salvarlos. Los judíos continuaron viviendo en el sótano sin tener conocimiento de este acuerdo.

A comienzos de 1944, Gut y los judíos se escaparon hacia los bosques donde permanecieron ocultos hasta que los rusos ganaron el control de Polonia. Luego, fueron llevados a un campo de "desplazados". Cada uno de sus protegidos fue salvado gracias a su coraje. Luego, la mayoría de ellos emprendió su camino hacia el nuevo Estado de Israel.

Al terminar la guerra, en medio de la confusión y brutalidad, y ayudada por los judíos de quienes se había hecho amiga, pasó a escondidas del territorio polaco ocupado por Rusia hacia Alemania Occidental.

Tres años más tarde, pudo obtener la documentación que le permitiría viajar a los Estados Unidos. En el campo de "Desplazados" había sido entrevistada por William Opdyke, un empleado estadounidense de las Naciones Unidas al que le contó su historia. Por casualidad, volvió a encontrarse con él en Nueva York y se casaron poco tiempo después. Formaron una familia y llevaron una vida tranquila.

Fue nombrada justa entre las naciones por el Comité del holocausto de Israel. El 9 de junio de 1995 fue honrada con una bendición del Papa Juan Pablo II. Esta bendición papal fue el primer reconocimiento papal en la iglesia católica a sus esfuerzos por salvar vidas de los judíos. Ella dijo: *Este es el mejor regalo que pueda recibir por cualquier cosa que hice en mi vida.*

LEVANTAMIENTO DE VARSOVIA - 1944

El 1 de agosto de 1944 fue el otro levantamiento de Varsovia contra los alemanes, estando ya los soviéticos a las puertas, es decir, que los sublevados polacos estaban entre los alemanes y los soviéticos. Estos últimos esperaron a que se definiera la situación sin querer intervenir a favor de los polacos. Las ordenes de Hitler ante el levantamiento fueron de matar a todos los habitantes y no hacer prisioneros y, a la vez, volar o incendiar todos los edificios.

El gobernador alemán de Varsovia escribió el 5 de agosto un mensaje a Hitler: *Varsovia está en su mayor parte en llamas. Incendiar las casas es el medio más fiable para liquidar los escondrijos de los insurgentes. Entre el millón de habitantes reina una pobreza indescriptible. Varsovia será castigada con la destrucción completa tras la supresión o colapso del levantamiento. Desgraciadamente nuestras propias pérdidas son también considerables, pero gracias a la mejora de la situación en el frente soviético, se puede contar con el aplastamiento total de la insurrección mediante el asedio continuo en unos pocos días*⁷.

Durante los tres o cuatro primeros días del levantamiento, los alemanes fusilaban a todos los polacos por orden personal de Hitler sin atender a su sexo o edad. Después cambiaron de táctica. Les ordenaban caminar hasta la cerca de madera y arrancar una de las tablas entonces fusilaban a toda la fila, vertían gasolina sobre ellos y les prendían fuego. Por orden de Hitler, Varsovia debía ser arrasada y todos los habitantes evacuados. En estos tiempos calamitosos la asistencia a las ceremonias religiosas se mantuvo a un nivel muy alto, tanto entre los insurgentes como entre los civiles. Los sacerdotes celebraban misas en todos los lugares de la ciudad, a menudo al aire libre entre las minas. Constantemente se les llamaba para administrar los últimos sacramentos y para celebrar improvisados funerales⁸. El mando del ejército patriótico polaco quiso levantar la moral de los soldados de primera línea y les pedía que rezaran el rosario y se confesaran.

⁷ Ib. p. 313.

⁸ Ib. p. 492.

Luchaban como tigres acorralados, sin dejarse asustar por el espantoso número de bajas y sabiendo que no podían esperar sobrevivir si los capturaban. Pasó mucho tiempo antes de que el mando alemán comprendiera que, en lugar de tratar de matarlos, podría ser mejor intentar convencerlos para que capitularan con honor.

Las armas utilizadas durante el levantamiento fueron extraordinariamente desiguales. Los insurgentes recurrieron sobre todo a armas cortas, viejos fusiles del ejército, granadas de mano y bombas artesanas hechas en casa (bombas de gasolina). Organizaron rápidamente una red de fábricas y talleres de reparación clandestinos que mantenían el flujo de ese armamento básico. La escasez de armas automáticas era desesperante, aunque se hicieron con un modesto arsenal de ametralladoras, pistolas y subfusiles Sten, lanzacohetes y cañones antitanque lanzados en paracaídas, robados en los arsenales enemigos o fabricados en sus propios talleres. Sus barricadas iban de lo más endeble a lo supersólido, especialmente cuando se construían con pesadas baldosas y pedruscos. Eran lo bastante numerosas como para evitar el libre acceso a cualquier distrito, e incluso cuando se aproximaban los blindados alemanes podían frenarlos lo bastante como para que los atacantes se convirtieran en atacados.

Los alemanes, por el contrario, poseían todo tipo de armas ligeras, medianas, pesadas y ultrapesadas, y reservas sin límites de municiones. Su infantería llevaba modernos subfusiles Schmeisser y se trasladaban en vehículos blindados. Sus formaciones acorazadas utilizaban toda una variedad de vehículos, desde los enormes Tiger II de 68 toneladas a los pequeños cañones autopropulsados. Su artillería contaba con un equipo muy variado, obuses autopropulsados FH18 de 105 milímetros, morteros de 81 milímetros y los famosos cañones antiaéreos de 88 milímetros. También utilizaban cañones de asedio de gran tamaño, como el gigantesco obús “Karl” de 60 centímetros o los grandes cañones “Bertha” que lanzaban proyectiles de 38 centímetros. Sus trenes acorazados rodaban por las líneas suburbanas.

LOS JESUITAS Y LOS NAZIS

Escribe un testigo: Desde el amanecer del 2 de agosto los jesuitas han estado celebrando una misa perpetua en su capilla... Las explosiones sacuden las paredes. Llueven cascotes y yeso. Continúan los estruendosos cañonazos hasta el Agnus Dei. El padre Henryk Wilczynski, como si no se diera cuenta, celebra tranquilamente la misa hasta su conclusión.

Hacia las diez llaman violentamente a la entrada principal. Una banda de SS armados se precipita hacia el interior, preguntando: “¿Quién ha disparado desde aquí?”.

El portero, que es un fraile, agita los brazos.

Los SS hacen un registro y vuelven.

“Todo está en orden —le dicen al padre superior—, pero venga con nosotros”.

El reloj da las once. Vuelven a oírse las botas de los soldados. Regresan los SS. El padre Sawicki pregunta: “¿Dónde está el padre superior?”.

“Baje la escalera”.

Las voces de los alemanes atraen al padre Kosibowicz.

“¿Qué pasa aquí?”, pregunta en un alemán excelente.

“Ha habido disparos desde esta casa”.

“Eso es imposible. ¡Aquí nadie tiene armas!”.

“¡Pero alguien ha disparado desde este edificio!”, grita uno de los hombres de las SS.

“Hemos estado en el sótano todo el tiempo. Apostaría mi vida a que nadie ha disparado. Esto es un convento de clausura”.

“¡Todo el mundo a la sala de calderas!”, grita un SS.

Uno de los SS está junto a la puerta, con una metralleta en la mano y granadas en el cinto. De repente, apunta con el dedo al padre Wilczynski, que es el que está más cerca, y le ordena salir al pasillo. Aparece de nuevo y señala al padre Lubinski, sentado en una silla. El anciano se levanta con dificultad. “Sufro de reumatismo”, dice en alemán. El SS asiente con la cabeza. Detiene al sacerdote en el pasillo y le pregunta la hora. Él se quita el reloj, se lo entrega y sigue adelante. Otro SS le indica una puerta. Cada vez hay más padres y hermanos encerrados en una pequeña sala.

El padre Wiacek dice: “Ha llegado nuestra hora. Pronto nos encontraremos ante el Señor Jesús. Debemos estar preparados. Todos debemos confesarnos”. El padre Madalinski lee en el breviario las bendiciones apostólicas para el momento de la muerte. Se abren las puertas y aparece un oficial de las SS que da una orden. Los SS quitan el seguro a las granadas y las arrojan hacia el grupo. Se producen terribles explosiones. Vuelan ladrillos, yeso, madera y cristal y se oyen horribles gritos. Como contestación, los SS disparan una ráfaga contra el montón de cuerpos, que poco a poco quedan en silencio.

El padre Kisiel yace bocabajo y trata de liberarse del peso de los muertos. El padre Sawicki también está vivo. A su lado, el padre Wilczynski gime y el padre Wróblewski agoniza. El padre Lubinski levanta una mano, como

administrando los últimos sacramentos. Las voces y gemidos atraen de nuevo a los SS. Disparan contra los que todavía se mueven.

Aparece un chico de origen alemán, que se ha unido a los SS y nunca se separa de ellos, y grita con su voz infantil: “¡Ése está vivo todavía! ¡Aquí, aquí, todavía respira!”.

Los SS regresan y vuelven a disparar, acompañados por la risa y el aplauso del niño.

“Mantuve la respiración —recuerda el padre Rosiak— con los ojos cerrados; no veía su cara pero esperaba el disparo en la oscuridad, dejando caer la cabeza como la de un cadáver». El padre Sawicki también siente el aliento de un SS: «¿Cómo puedo pretender estar muerto cuando mi corazón late como una locomotora?».

Los pasos de los SS se van apagando en la distancia. Los supervivientes salen bajo el montón de cadáveres ⁹.

TANQUES ALEMANES

Una mujer anota: Los tanques alemanes se aproximaban. Chicos de trece y catorce años les arrojaban botellas llenas de gasolina y conseguían incendiar un tanque casi con cada impacto. El día 18 los alemanes abandonaron deliberadamente un tanque cargado con explosivos en la plaza. Los chicos, naturalmente, no lo sabían. Cuando se aproximaron a él se produjo una explosión que causó muchas muertes, especialmente entre los más jóvenes...

El odio hacia aquellos bellacos crecía con cada atrocidad. Detenían a polacos y los obligaban a caminar delante de los tanques, de forma que los insurgentes no pudieran disparar. Era una visión insoportable: no podíamos disparar contra nuestra propia gente, y era aún peor ver a aquellos bastardos obligándolos a avanzar. Matarían a aquellos pobres desgraciados, pese a tener muchas bajas ellos mismos. Así sucedió en la calle Leszno, donde resultaron muertos tanto los rehenes como los ocupantes del tanque. Los alemanes convirtieron en una rutina pasar con sus tanques sobre varias docenas de rehenes.

Una tarde, hacia las ocho, estábamos sentados a la entrada de nuestro patio. Era un lugar seguro y manteníamos allí un cuerpo de guardia nocturno.

⁹ Ib. pp. 320-322.

De repente, oímos el zumbido de un aeroplano. Supusimos que debía de tratarse de un bombardero Wellington británico, el llamado “ataúd volante”, que volaba en círculos por encima de la plaza, esperando la señal para arrojar armas. Las miles de estelas de humo en la oscuridad constituían una imagen indescriptible. Parecía como una exhibición de fuegos artificiales: los alemanes disparaban furiosamente, girando los reflectores. Al final, una ala del avión chocó contra una chimenea y cayó en algún lugar de la Ciudad Vieja. Nos sentimos muy afectados. Los aviadores eran canadienses que servían en la RAF. Habían querido ayudarnos con todo su corazón, recorriendo un largo camino hasta Varsovia que les llevó a la tumba.

Los alemanes y ucranianos cayeron sobre el hospital insurgente pateando y golpeando a los heridos tumbados en el suelo y llamándolos bandidos polacos. Pisoteaban y aplastaban con sus botas las cabezas de los que yacían en el suelo, gritando horriblemente y esparciendo sangre y sesos en todas direcciones. Entró un contingente de soldados alemanes, con un oficial a la cabeza que preguntó: “¿Qué pasa aquí?”. Tras hacer salir a los asesinos, dio órdenes de sacar los cuerpos de los muertos y pidió tranquilamente a los que habían sobrevivido y podían caminar que se levantaran y salieran al patio. Estábamos seguros de que iban a fusilarlos.

Al cabo de una hora o dos llegó otra horda de alemanes-ucranianos. De nuevo comenzaron a gritar y al cabo de un rato se fueron. Un viejo alemán daba vueltas de aquí para allá. Yo le pregunté en alemán:

“¿Puede usted decirme qué nos van a hacer? Estamos muy enfermos”.

“¿Es usted alemana de nacimiento?”.

“Soy polaca”.

“¿Y cómo es que habla tan bien el alemán?”.

“Estudié en Viena”.

“¿Vivió usted en Viena? Yo también. ¿En qué distrito vivía usted?”.

“Hutteldorf XV”.

En ese momento el alemán se vino abajo y comenzó a gritar: “¡Querida mía, salga de aquí, váyase rápidamente!”.

Janek me levantó y me agarré a su cuello. El alemán iba por el otro lado y juntos me llevaron hasta la salida donde pude agarrarme a la barandilla de la escalera. Llegaban otros alemanes acarreando paja. Uno de ellos arrojó gasolina sobre ella... Se produjo una llamarada y se oyó un grito terrible; el fuego estaba justamente detrás de nosotros. Los alemanes habían incendiado el

*hospital y disparaban contra los heridos. De no haber sido por mi conversación con el soldado alemán, yo también habría compartido su suerte*¹⁰.

UNA ENFERMERA VALIENTE

Ella refiere: La unidad del teniente “Szczesny” estaba cuidando un puesto avanzado en la calle Kacza en el distrito llamado del “Alcázar”. Tras una incursión fracasada, tres soldados gravemente heridos permanecían fuera, al aire libre. El hermano de uno de ellos y una enfermera llamada “Baska” salieron a recogerlos, pero ellos también fueron heridos por el fuego alemán y yacían allí, junto a los demás, en el campo de batalla. Nos llamaron a mi amiga Zofia y a mí, y llegamos hasta el puesto avanzado, pero había un problema. “Szczesny” pensaba que las enfermeras debíamos rescatar a los heridos, mientras que su lugarteniente «Igor» decía que no teníamos ninguna posibilidad de lograrlo. Al final, “Szczesny” dispuso que fuéramos nosotras las que decidiéramos, sin darnos ninguna orden ni recomendación.

Zofia y yo estábamos decididas a arriesgarnos. Primero trepamos por una pequeña pared de ladrillo, delante de la cual se habían amontonado leños como escudo, pero después no había más que hierba, así que nos arrastramos muy lentamente, empujando por delante nuestras valijas médicas. Nos disparaban constantemente, pero no nos alcanzaron. Cuando sólo nos quedaba una docena de metros, oímos la voz de una chica: “¡No os mováis, por Dios! ¡No os mováis!”.

Nos detuvimos sobre la hierba y permanecimos inmóviles, completamente tumbadas. Al cabo de un rato los alemanes dejaron de disparar. Probablemente pensaron que si no nos movíamos es que estábamos muertas. Permanecimos allí durante horas. Nuestra misión no se pudo reiniciar hasta el anochecer, cuando el intenso fuego por nuestra parte pudo cubrir nuestros movimientos. Hasta entonces no pudimos llegar hasta los heridos y retirarlos de la tierra de nadie.

UNA RELIGIOSA VALIENTE

Nos dice: Mirábamos aterrorizadas las camillas, sobre las que yacían los cuerpos semicarbonizados de niños con el rostro negro, hinchados. Resultó que

¹⁰ Ib. pp. 370-371.

los alemanes, tras ocupar una calle, empujaban a la gente hacia terreno minado o la obligaban a meterse en sótanos en los que arrojaban granadas. Algunas víctimas permanecían vivas bajo los escombros durante días, hasta que una patrulla las encontraba y las traía hasta el hospital.

Cuando se acabaron las camas disponibles tuvimos que poner a los heridos juntos en sus camillas en el pasillo y el recibidor. Faltaban sábanas y mantas. El calor era sofocante. El aire estaba muy viciado y temíamos una epidemia. Nos invadían los insectos. Todos estábamos al borde de la muerte.

Los domingos, todos los heridos leves, el personal del hospital y el “ejército de la plaza Mokotów”, acudíamos en fila a la capilla de las Hermanas de Santa Isabel, donde el padre Zieja celebraba la misa. Vestía un traje de faena y una boina, igual que los muchachos, y cavaba trincheras igual que ellos. Era muy conmovedor ver aquella capilla llena de jóvenes, escuchando con atención su apasionado sermón.

Las provisiones se nos estaban acabando. Hasta el pan negro estaba racionado. Nos dolía el corazón al ver hambrientos a los enfermos, particularmente a los más pequeños, precisamente cuando necesitaban cuidados intensivos. Llevábamos la comida para los enfermos desde el edificio principal, a través de un gran agujero en el muro que separaba la villa del jardín del hospital, pero con mucha frecuencia teníamos que esperar largo rato hasta que cesaba el fuego ¹¹.

UN SACERDOTE VALIENTE

El 17 de septiembre varios proyectiles impactan simultáneamente sobre el tejado del presbiterio y la capilla de la Archiconfraternidad. El desagradable olor del benceno se esparce por el aire. Las llamas se apoderan rápidamente de las vigas de madera del tejado y alcanzan el interior de la capilla. Alguien informa al padre Karłowicz, en el hospital insurgente del número 7 de la calle Długa, la catedral y su apartamento están ardiendo.

El cura se precipita hacia la catedral. Las llamas han alcanzado el presbiterio donde se guardan las piezas más valiosas del museo archidiocesano. El sacerdote las había llevado a la catedral para unos pocos días con la esperanza de salvarlas. Ambos costados del presbiterio están ardiendo. Las hermosas figuras de la capilla de Jan Sobieski, obra maestra de la talla polaca, se hacen astillas. Las estatuas de los reyes de Polonia, talladas en madera y

¹¹ Ib. pp. 468-469.

mármol, se desmenuzan en brillantes ascuas; las llamas trepan por las columnas del altar y las esculturas de madera arden como antorchas. El calor es tan intenso que las puertas de hierro forjado de la sacristía, asimismo obras de arte, se ponen al rojo vivo y se funden como si fueran de cera. El aire es tan sofocante como en el horno de un panadero. Cada vez es más difícil respirar. El humo invade los pulmones y hace escocer los ojos. La cúpula sobre la capilla Bariczków está ardiendo. Nubes de espeso humo negro llenan las naves góticas de la catedral y hacen estallar las cristalerías de las ventanas.

El padre Karłowicz entra por la puerta trasera en la capilla Bariczków, en la que reina el silencio y no hay mucho humo, y se pregunta si debe sacar de la capilla la figura de Cristo o dejarla allí, en cuyo caso arderá con toda la catedral. ¿Pero debe sacar a Cristo del altar y de la catedral donde ha permanecido durante tantos siglos? ¿Qué debe hacer? El fuego llegará pronto por la ventana del presbiterio. La cúpula se hunde. Llega el sacristán y debaten qué hacer. El padre Karłowicz va hasta el altar y trata en vano de desmontar la gran cruz. Sólo consigue al final separar la figura de Cristo y en el momento en que se la entrega al sacristán gran parte de una lucerna en llamas cae junto a él.

Bajo el fuego, el sacerdote lleva a Cristo por la calle Kanonia, más allá de las ruinas del Castillo Real, hasta las puertas del monasterio de los jesuitas, donde se esconden muchos de los habitantes de la Ciudad Vieja. Al ver la milagrosa figura de Cristo caen de rodillas rompiendo en sollozos que les brotan del corazón.

“¡Cristo, Cristo! ¡Sálvanos!”.

Desmontan la figura, quitándole los brazos. La gente cae sobre ellos besándolos, luego llevan a Cristo a hombros atravesando el patio, un sótano, una galería y brechas abiertas en los muros. El pequeño grupo crece a cada paso. A la cabeza va el padre Karłowicz, encorvado. Alguien entona el himno “Todo el que se pone bajo el cuidado de su Señor”. En la plaza del Mercado de la Ciudad Vieja hay esparcidos proyectiles sin explotar, esquirlas y cuerpos sin enterrar. El enemigo dispara constantemente sobre la plaza desde el Castillo Real. La gente se escabulle momentáneamente por los agujeros abiertos en los muros de las casas de la plaza del mercado. Luego salen a la calle Nowe Miasto (Ciudad nueva). La multitud de gente que lleva al Cristo llega por fin a la calle Stara (Vieja) y a la capilla de las hermanas de la caridad. Colocan en el altar mayor al Cristo milagroso. ¿Estará a salvo aquí?

La catedral arde como una antorcha. Cualquier intento de salvarla es inútil, pero la lucha prosigue. Por la noche los alemanes se acercan al pequeño bloque de viviendas de la calle Kanonia. Se pueden ver sus cascos a través del

*humo. El teniente “Román”, del Batallón Wigry, arrima una escalera a las ventanas enrejadas de la catedral. Su brazo dibuja un arco. A continuación se produce la terrible explosión de una bomba. El eco se extiende por las naves. La bóveda gótica, en tensión desde el asedio a Varsovia en septiembre de 1939, se hunde en medio de la nave principal. Ladrillos, piedras, yeso y esculturas caen al suelo y sobre los altares destruyendo todo*¹².

EL CULTO CATÓLICO

En esos momentos, los sacerdotes observaron mayor asistencia a las preces y otras devociones. Miembros de las Órdenes religiosas, especialmente monjas, llevaban la iniciativa en la creciente práctica de dedicar el tiempo libre a ayudar al levantamiento exclusivamente mediante las oraciones.

El clero católico de Varsovia participó en las actividades del levantamiento en muchos niveles. Algunos sacerdotes habían sido nombrados capellanes de determinadas unidades militares, a cuyo cuidado pastoral dedicaban todo su tiempo. Otros atendían a las crecientes necesidades de los no combatientes, especialmente en los atestados sótanos y hospitales subterráneos. La catequesis de los niños no se interrumpió en ningún momento. Monjas de varias Órdenes, ya estuvieran acostumbradas a trabajar “en el mundo” o no, actuaban sin distingos como hermanas de la caridad y se ganaron la gratitud de todos. La mortalidad entre ellas fue más alta que en muchas otras categorías de civiles. Cuando eran capturadas por los SS, éstos mostraban una furia especial, que frecuentemente terminaba en violación o asesinato.

El padre Stefan Wyszynski era uno de los cientos de capellanes del Ejército Patriótico que fue nombrado para esa tarea en virtud del lugar donde se encontraba en un momento determinado. Con treinta y tres años, acababa de ser ordenado y había sido enviado justo antes de empezar la guerra a la parroquia de Laski, en el perímetro norte de Varsovia.

En 1944 se encontraba casualmente dentro del área de operaciones del grupo de Kampinos del Ejército Patriótico, de forma que el padre Stefan se convirtió en capellán de aquella unidad.

Años más tarde llegaría a ser sacerdote en Polonia. Las Órdenes religiosas realizaron una contribución muy especial al levantamiento. Mujeres y hombres, de clausura o seculares, formaban parte esencial de la comunidad polaca desde hacía siglos, y con muy pocas excepciones permanecieron en

¹² Ib. pp. 493-494.

Varsovia, uniéndose a sus plegarias multitud de civiles e insurgentes. Los profundos sótanos y criptas de sus antiguos claustros servían como hospitales y refugios frente a los bombardeos. Los monjes y monjas se dedicaban al trabajo social como nunca antes habían hecho.

El convento de las hermanas benedictinas de la Adoración Eterna del Santísimo Sacramento, por ejemplo, se encontraba en primera línea desde la primera semana del levantamiento, cuando una delegación del Ejército Patriótico pidió a la priora que les dejara pasar para apostarse en los muros del convento. Éste, situado al borde de la Ciudad Nueva, ocupaba una posición estratégica, y la priora levantó la prohibición de recibir visitantes varones que se había mantenido desde la fundación del convento en 1678. El 6 de agosto sus puertas se abrieron para acoger a una masa de refugiados de Wola. Bajo las bombas y las paredes que se venían abajo, las hermanas cocinaban, servían, atendían, curaban y rezaban. En un acto de sacrificio colectivo, ofrecieron sus vidas a Dios con la petición de que se apiadara de la patria en peligro. Una de ellas formuló esta plegaria: “Que Polonia, cuando resucite, no sea blanca ni roja sino cristiana”. Llegó un día en que los alemanes enviaron un ultimátum: o las hermanas evacuaban el convento a las tres de la tarde o perecerían con él. La priora se dirigió a los mandos del Ejército Patriótico, alojados en la cercana iglesia de Santa María la Virgen, pidiéndole su opinión. La respuesta fue que “la visión de monjas y sacerdotes abandonando sus puestos supondría un golpe terrible para los soldados”, de forma que las hermanas permanecieron en su puesto.

Los rezos de la tarde comenzaron, como siempre, con las palabras: “Bajo la protección de tus alas, oh Señor, protégenos”. Y proseguía: “Bendice esta casa; que tu bendición esté con nosotros para siempre”. Se oyeron los motores de los aviones. Las hermanas se amontonaron en torno al tabernáculo. Se produjo un largo momento de paz y silencio, sin que el millar de personas allí reunidas se atrevieran ni a respirar.

La bóveda de la iglesia se hundió con una explosión atronadora. Cientos de toneladas de piedras, ladrillos, tejas y cemento se vinieron abajo provocando un remolino de cristales bellamente coloreados pero letales y una nube de denso polvo. Desde el techo abierto entraba una luz cegadora; abajo, se oían gemidos, gritos, sollozos ¹³.

VÁNDALOS ALEMANES

¹³ Ib. pp. 494-496.

Era horrible ver de lo que eran capaces aquellos vándalos. El hermoso mobiliario del palacio Czetwertynskich fue despedazado con palancas y arrojado por las ventanas a la calle para utilizarlo como material para construir barricadas. Las pinturas arrancadas de las paredes corrieron una suerte similar, así como las magníficas vajillas de cristal y porcelana. Un antiguo biombo chino dorado fue cortado en pedazos y utilizado como cortinas. El teniente Schmidt supervisó toda la operación. Los bibliotecarios protestaron repetidamente contra aquel vandalismo sin que sirviera de nada. Desde el primer momento las pinturas se vieron amenazadas, dejándonos muy claro que no valía la pena llevarnos nada a la biblioteca de la universidad.

Esto sucedió durante los últimos días de la primera semana de septiembre. La banda de criminales que habían perpetrado la masacre del hospital en Wola fue enviada a la universidad durante unos pocos días. El oficial al mando de la guarnición aquel día los situó en la biblioteca, pese a la disponibilidad de otros edificios vacíos. Dos horas después las oficinas y salas de lectura, y hasta parte de los almacenes, eran irreconocibles. Habían destrozado las mesas, esparciendo por el suelo los papeles de los cajones y los armarios y habían sacado de las oficinas montones de libros que esperaban su catalogación para hacer barricadas ante las ventanas a fin de defender todo el edificio. Destruyeron muchos libros. Los grabados y atlas de las vitrinas del piso bajo recibieron el mismo trato. Comenzaba a parecer como el ritual mágico de unos ladrones. Al cabo de unos días la sección administrativa de la sala de lectura de la biblioteca se había convertido en un gigantesco basurero.

El 10 de septiembre apareció un tipo de las SS y nos dijo que al día siguiente volverían “por órdenes del Führer” para llevarse los mejores ejemplares de las colecciones. Se llevaron 200 cajones con un total de 5.000 libros ¹⁴.

LA CAPITULACIÓN

El ejército patriótico polaco capituló el 30 de septiembre de 1944. Los soldados del Ejército Patriótico, considerados como combatientes legítimos y, en consecuencia, tanto ellos como sus unidades auxiliares serían tratados, al igual que otros cautivos de los ejércitos occidentales, como prisioneros de guerra amparados por las disposiciones de la Convención de Ginebra de 1929. Los nazis se habían negado terminantemente a aplicar la convención a los prisioneros soviéticos y el ejército soviético tampoco la tuvo en cuenta con sus propios prisioneros. Los alemanes habían tratado de exceptuar a los comunistas

¹⁴ Ib. pp. 526-527.

del tratado, de extender la capitulación a todas las unidades del AK fuera de Varsovia y de separar a los civiles de los militares, pero acabaron renunciando a todas esas pretensiones; en lo que sí se mantuvieron absolutamente inmovibles fue en su decisión de vaciar la capital de sus habitantes. Al final aceptaron que los civiles no fueran acusados de delitos previos contra las leyes alemanas y que su evacuación no comenzara hasta que se hubiera completado satisfactoriamente la retirada del Ejército Patriótico. Se tomaron medidas por parte de ambos bandos para dismantelar ordenadamente las barricadas y mantener controlada la situación. Los términos concretos suscitaron considerable alborozo; la redacción final mostraba cierto respeto hacia los insurgentes, asegurando así su aceptación, aunque no se podía ocultar la sentencia de muerte dictada contra la propia Varsovia.

El documento final dedicaba considerable atención a los detalles: los soldados del ejército patriótico, que no vestían un uniforme regular, serían aceptados como combatientes legales si poseían brazaletes blanquirrojos o emblemas del águila blanca. Se aceptarían también documentos personales con seudónimos con tal que los prisioneros revelaran su verdadera identidad al rendirse. A las mujeres soldado se les daría la posibilidad de optar entre campos de prisioneros de guerra específicos para mujeres o el estatus civil. Todos los prisioneros de guerra polacos serían vigilados y transportados por miembros de la Wehrmacht alemana y no por personal de otras formaciones o nacionalidades. Había algo que nadie les garantizaba: era imposible saber si los acuerdos firmados de buena fe por representantes de la Wehrmacht serían más tarde respetados por las SS o la Gestapo.

La evacuación, que comenzó el 3 de octubre, fue un llamativo espectáculo. Las unidades del ejército patriótico, formadas de cuatro o seis en fondo, marchaban en largas columnas hacia los puntos previamente acordados de las líneas alemanas, con rostros adustos pero orgullosos, con la cabeza alta. Habían cumplido con su deber y aún más, eran aquellos que la Providencia había decidido dejar con vida. Todos ellos llevaban sus brazaletes blanquirrojos y emblemas del águila blanca por última vez. Los hombres portaban sus armas al hombro: desde bazucas arrebatados al enemigo hasta subfusiles Sten, fusiles y pistolas. Las mujeres llevaban sus equipos de primeros auxilios, sacos de correo y equipos de radio. Casi todos eran sensacionalmente jóvenes. Al llegar a las líneas alemanas en las calles Filtrowa y Wola y la plaza Napoleón, pasaban entre grupos de soldados y oficiales alemanes que observaban en desconcertado silencio o tomaban fotos. Tras depositar sus armas en los lugares acordados, pasaban a calles en las que se alineaban los curiosos. Algunos hombres y mujeres caían de rodillas en un gesto que en la católica Polonia se reserva sólo para honrar a los muertos. Aquellas columnas siguieron desfilando como una corriente constante, durante las horas de luz de los días 3, 4 y 5 de octubre. En

total, fueron 11.688 soldados los que se rindieron de esa forma, incluidas unas dos mil mujeres.

A medida que se llevaba a cabo la evacuación, miembros de la resistencia que esperaban su turno completaban los últimos ritos. Cuando los oficiales comunicaron la noticia de la capitulación a sus hombres, la mayoría aceptó con calma una decisión prevista desde hacía tiempo ¹⁵.

SACERDOTES POLACOS EN DACHAU

El 1 de septiembre de 1939 según el pacto entre Rusia y Alemania, Polonia fue dividida en dos. Ambos invasores quisieron hacer desaparecer toda huella de la cultura polaca, su historia, su arte, su literatura y, por supuesto, destruir la Iglesia católica y al clero indisolublemente unidos la pueblo polaco.

En Polonia los nazis mataron a 2.000 sacerdotes y 370 religiosos. Otros 4.000 fueron hechos prisioneros en campos de concentración, la mayoría en Dachau.

LA LLEGADA

El procedimiento que se seguía al llegar a Dachau era: despojo de todos los efectos personales, incluidos el breviario, rosario y otras cosas religiosas. Después les rasuraban las axilas, cabeza, el pubis, etc. A continuación eran desinfectados con un desinfectante que les dejaba quemaduras en los genitales y en las zonas desinfectadas, de modo que llegaban a doblarse en dos por el dolor. Después recibían una ducha caliente y otra fría. Una vez desinfectados y lavados, algunos pocos recibían un uniforme a rayas, propio para prisioneros. Otros recibían pantalones, camisas y vestimenta de todas las tallas y les colocaban en la espalda una cruz de San Andrés, como una X.

Después recibían unos zuecos, un cuenco y una cuchara. También recibían un número de identificación y un triángulo de tela correspondiente a su categoría. Para casi la totalidad de los sacerdotes, el triángulo era de color rojo, correspondiente a los opositores políticos. Después se los llevaba al bloque donde debían hacer la cuarentena para prevenir cualquier enfermedad que pudieran traer de fuera. Y allí les enseñaban las reglas con las que debían actuar en el campo. Los antiguos prisioneros les enseñaban algunas estratagemas para

¹⁵ Ib. pp. 526-527.

poder sobrevivir. Por ejemplo, cómo cuidar sus cosas, cómo identificar a compañeros fiables, cómo bajar los ojos cuando les hablaba un guardia o SS, etc.

Por fin eran alojados en los bloques 28 y 30, a los que se añadió en 1941 el bloque 26, donde eran alojados los más ancianos, débiles y enfermos, candidatos para las cámaras de gas.

LOS TRABAJOS

Desde fines de 1940 los sacerdotes fueron encargados de transportar a los bloques de prisioneros los calderos de sopa y el carbón para las estufas. El padre Maurus Münch recuerda: Era una tortura para sus cuerpos extenuados por la debilidad y por la poca y mala comida llevar entre dos los calderos de 75 kilos por 400 metros a paso ligero, tanto en el frío del invierno como en el gran calor del verano. A veces, perdíamos los zuecos y corríamos con un solo zueco o con los pies desnudos, ya que por detrás nos arreaban los kapos (guardianes prisioneros) y los SS. Nosotros cerrábamos los dientes en silencio y rezábamos a Dios.

Además de llevar los calderos de sopa y el carbón para las estufas, les encargaron quitar la nieve de los caminos en invierno con instrumentos inadecuados, con ropas ligeras y con zuecos inapropiados. El sábado 1 de febrero de 1941 el kapo, un hombre sádico y violento, al darse cuenta de que algún sacerdote se había escondido en tiempo de trabajo, reunió a unos 40 sacerdotes y los dejó en la nieve y les hizo marchar a paso de oca. Tres de los sacerdotes que habían huido del trabajo fueron castigados a una hora de estar suspendidos por las muñecas atadas por la espalda. Este suplicio llevaba a las víctimas a la desarticulación y exigía semanas de convalecencia, cuando no era fatal.

En febrero de 1941 la situación mejoró dado que la diplomacia vaticana había conseguido de las autoridades nazis algunas mejoras como descanso de una hora antes del desayuno y una hora después de la comida del mediodía. Estas medidas hicieron que muchos otros prisioneros hablaran mal de ellos por celos y envidias, de modo que algunos sacerdotes prefirieron anotarse a comandos de trabajo externo. Los enviaron a los campos alrededor del campo de prisioneros para las plantaciones que debían hacerse y así podían recibir, como los demás, una ración extra por su trabajo físico. Pero ese régimen de favor se acabó en septiembre de ese año. Solo había durado 7 meses, aunque para los sacerdotes alemanes continuó por más tiempo.

El 23 de octubre de 1941 unos cien sacerdotes fueron enviados a trabajar a una oficina donde un oficial de SS seleccionó a 36 para hacer dos comandos de trabajo, encargados de vaciar los vagones que llegaban. Para ello los encargados debían levantarse a las cuatro de la mañana y descargar los vagones llenos de patatas. Después de llenar sacos con las patatas, debían llevarlos a las cocinas del campo. Como eran novicios en esta tarea, a veces se equivocaban y recibían latigazos o patadas. A las pocas semanas, con el frío del invierno, debieron estar atentos para que no se les helaran la nariz y las orejas. También debían ir a la fábrica *Präzifix* para recoger las virutas de hierro, echar carbón en el fuego de la chimenea y también despachar los paquetes que llegaban.

EL HAMBRE

A partir de septiembre de 1941, los sacerdotes no podían comprar alimentos en la cantina, porque eran productos de mala calidad y, sobre todo, porque estaban a precios prohibitivos. Solo los que trabajaban fuera del campo duramente tenían una ración extra de comida, los demás debían contentarse con la sopa y poco más; y su desnutrición iba en aumento cada día. Casi todos pesaban por debajo de 50 kilos. A tanto se llegó que los que trabajaban en las plantaciones fuera del campo trataban de comer cualquier hoja nutritiva que encontraban sin que los vieran: pedazos de remolacha o peladuras de patatas de la basura y también dientes de león o algo de lo que les echan a los conejos. Buscaban gusanos y limacos y otras cosas, pero varios fueron pillados y recibieron muchos golpes.

Para atenuar la sensación de hambre se acudió a cualquier cosa como a la crema *Couteline*, que compraban en la cantina, pero no para colocarla para curar la piel, sino para comerla por la grasa que tenía. Un día un guardia se compadeció de un sacerdote y le dio el cuenco de comida que llevaba para su perro. El sufrimiento que producía el hambre llevaba a muchos prisioneros a sufrir calambres y depresión psicológica. Por las noches en el dormitorio no era raro que algunos lloraran de hambre con un pañuelo en la boca para ahogar el ruido. Los alimentos eran una obsesión, con el hambre desaparece la memoria y la vida intelectual y uno se vuelve grosero y surgen peleas, sobre todo cuando se roban unos a otros alimentos o cosas propias.

En octubre de 1942 los sacerdotes recibieron autorización para recibir paquetes de sus familias y parroquianos. Les llegaban sardinas, paté, azúcar, leche condensada, pan, frutos secos y conservas diversas. No todos recibían paquetes, pero los compartían con sus compañeros de infortunio y muchos de ellos podían así salvarse de una muerte segura. Los italianos se beneficiaban, porque ninguno de ellos recibía paquetes.

La muerte de 1.034 sacerdotes y religiosos en Dachau fue sobre todo de hambre, de frío, de agotamiento, de castigos y golpes o de abatimiento psicológico. Los kapos, según testigos, eran peores que los SS, pues muchos de ellos eran criminales y muy violentos. El kapo Rogler vio al padre Maciej Poprawa agotado por el esfuerzo hecho en las plantaciones, llevando cargas pesadas y le pegó en el rostro y en el pecho con tal brutalidad que al día siguiente estaba moribundo. Se quedó en la cama y murió el 13 de agosto de 1942. El padre Boleslaw Cyriak de 52 años recibió un golpe tan violento del kapo que no solo lo tiró al suelo, sino que le vino una enfermedad a nivel del corazón y murió el 12 de julio, cinco días después de haber llegado a Dachau. Alguno murió de paro cardíaco, debido al gran esfuerzo realizado en el trabajo y a su debilitamiento físico por la poca comida. En los últimos meses de la guerra, con las epidemias, los crematorios no podían con todos y dejaron montones de cadáveres desnudos sin enterrar ni cremar, lo que pudieron llegar a ver los soldados americanos el día de la liberación y ordenaron a los habitantes del lugar que fueran a ver lo que había sucedido, pues muchos de ellos no sabían ciertamente lo que pasaba y cuánta brutalidad habían desempeñado sus conciudadanos alemanes.

ENFERMEDADES

Entre las enfermedades que se expandieron por el campo estaban la tuberculosis, la disentería, y el tifus principalmente. El tifus abdominal, llamado fiebre tifoidea, ocasiona violentos dolores de cabeza, mucha fiebre, diarreas, hemorragias digestivas y otros síntomas. El padre Adauctus Krebs, superior general de los hermanos del Santísimo Sacramento, murió de disentería el 7 de mayo de 1942.

El comandante general del campo pidió a los sacerdotes atender a los enfermos y estar así eximidos del trabajo fuera del campo. La epidemia de tifus de 1943 se llevó consigo entre 100 y 250 enfermos. A partir de diciembre de 1944 se presentó la epidemia de tifus exantemático. A pesar de las medidas tomadas como rasurar y desinfectar, los parásitos, que parece haber sido importados por los convoys de judíos húngaros, contaminaron a los demás prisioneros. La falta de higiene y la mucha gente encerrada en poco espacio favoreció la propagación. Había que luchar contra las ganas de rascarse, pues la contaminación podía deberse al contacto con los excrementos o la sangre de los contagiados. El padre Robert Beauvais se daba vueltas desnudo en la nieve para atenuar la picazón. Los enfermos sufrían escalofríos, mucha fiebre y las manchas características que aparecían en el cuerpo.

El problema era también que los enfermos que estaban en cama no recibían ningún cuidado médico por falta de medicinas y de personal competente. En esta época se morían cada día unos cien prisioneros. El prisionero Edmond Michelet tuvo la suerte de ser ayudado por tres sacerdotes católicos, y recibió dos transfusiones de sangre. Muchos sacerdotes acordaron suplir a los kapos que no entraban en los bloques por temor al contagio y tampoco los enfermeros. El padre Auguste Daguzan escogió a muchos de los sacerdotes entre los voluntarios no alemanes para asistir a los enfermos y agonizantes de los bloques en cuarentena. Esto fue un acto de valentía de muchos sacerdotes, pues una vez que entraban en el lugar de los enfermos no podían salir sino después de la cuarentena, ya que cerraban el bloque de los enfermos. Y allí vivían como vivos para ayudar a los agonizantes a morir como personas.

Doce sacerdotes polacos, dos franceses, dos checos, un austríaco, un belga y algunos alemanes tomaron la función de kapos para atender a todos. La primera tarea era sacar a los muertos de sus camas para después limpiar todo pues había muchos excrementos, ya que la mayoría de enfermos no podían ni siquiera ir a las letrinas. Los sacerdotes también se preocupaban de la cuestión espiritual a los que lo deseaban especialmente a los católicos. También hubo algunos médicos laicos prisioneros que se unieron a ellos para atender a los enfermos.

Durante las epidemias algunos sacerdotes incluso dieron sangre para los enfermos y sobre todo oraban con los católicos y les daban la comunión y los confesaban, dando así un gran consuelo a los enfermos y especialmente a los agonizantes.

De hecho, todos los voluntarios se contaminaron de tifus y varios de ellos murieron. Entre los voluntarios alemanes destacaron dos: el padre Richard Henkes estuvo encerrado con los enfermos ocho semanas hasta que murió. El padre Engelmar Unzeitig murió de tifus el 2 de marzo de 1945 después de haber estado en prisión durante 4 años. Dejó un recuerdo profundo entre los enfermos y lo llamaron el *ángel de Dachau*.

HUMILLACIONES

No olvidemos que los sacerdotes tuvieron que sufrir mucho por el anticristianismo de guardias, kapos, SS e incluso de algunos de los compañeros laicos de prisión. Cuando llevaban los calderos de comida, algunos los abucheaban con odio, a veces los llamaban *brujos del cielo*, *payasos del cielo* y otras cosas peores. Algo que les gustaba a los guardias y kapos era ofenderlos en el pudor y dejarlos desnudos y tener con ellos comportamientos groseros. Uno de los kapos más brutos era Zier, que procedía a inspecciones minuciosas de los

genitales de los sacerdotes después de la sesión de rasurarlos y les hacía ir a vaciar los cubos de excrementos con baldes sin asa.

Otros para ofender a los sacerdotes blasfemaban sobre la virginidad de María o sobre el sacerdocio. A veces les gritaban: ¿Cuántas mujeres han violado? Un día de 1941 alguien robó un pedazo de pan de una barraca. Era un delito grave. El kapo Karl Kapp condenó a todos los sacerdotes del bloque a repetir el mandamiento: *No robarás*, antes de mandarles hacer ejercicios de gimnasia de castigo. A algunos les incitaban a dejar los hábitos a cambio de liberarlos, pero entre todos solo uno aceptó la propuesta y dejó el campo entre 1941 ó 1942 antes de casarse.

Para uno de nuestros seminaristas sus padres consiguieron que le concedieran la libertad. Los nazis pusieron como condición que abandonara la idea de ser sacerdote, pero el joven seminarista dijo rotundamente No. Más tarde murió en Dachau por su fidelidad a su vocación sacerdotal. Otro compañero, Stanislaw Grzesitowski, también renunció a ser libre antes que renunciar a su vocación.

Al padre Fritz Seitz, un SS le quitó el rosario y le dio un golpe en el cráneo con mucha brutalidad y le hizo dar vueltas por el campo diciendo: *He aquí el primer cerdo que acaba de llegar*. Otro SS presentó una foto del Papa Pío XII y la rompió ante los sacerdotes, exclamando: *El jefe romano de los curas vendrá a Dachau después de la guerra y eso será el fin de la estafa católica*. Un Viernes Santo, día en que los católicos celebran la muerte de Cristo, un SS avisó a un grupo de sacerdotes enfermos que se quedaran en el bloque mientras sus compañeros salían a trabajar y les mandó subir sobre unos armarios. Estando en esos lugares, les hizo entonar cantos de su gusto.

Uno de los sacerdotes declaró: *Yo nunca he visto antes de Dachau unos ojos llenos de odio, ojos llenos de maldad a la vista de un sacerdote. Golpear, herir, matar a un cura parecía en algunos una necesidad instintiva*, dice el padre De Coninck. Los puñetazos y patadas caían al menor pretexto y, aun sin motivos, dados por los SS y, sobre todo, por los kapos.

Un día fueron reunidos todos los sacerdotes de los bloques 28 y 30. Todos sus efectos personales fueron removidos, mientras les hicieron un registro rectal humillante. Solo encontraron algunas patatas y alguna remolacha. La represión fue severa. Deshacían las camas dos veces al día y debían rehacerlas cada vez. Se les prohibió comprar algo en la cantina y les mandaron hacer ejercicios de gimnasia sin interrupción durante el día después del desayuno, que solo consistía en un poco de té de mal gusto. Ocho sacerdotes sucumbieron. Algunos SS manifestaron compasión desaprobando a los kapos de triángulo verde, es decir,

antiguos criminales, que habían mandado hacer los ejercicios gimnásticos para aprovechar y robar sus efectos personales. El padre Wierzbowski murió a los pocos días.

¡Cómo irritaba a los guardianes la plegaria en voz baja! ¡Qué furor suscitaba el rosario! Písallo, gritaban. Y si no se hacía, golpeaban sin compasión. A un seminarista capuchino lo colgaron del palo, un castigo atroz durante el cual el prisionero permanecía encadenado por las muñecas a una madera con las manos hacia dentro.

CASTIGOS

Uno de los días castigaron a 60 sacerdotes a una hora de árbol: Este es un castigo muy duro. Al preso le atan las manos detrás de la espalda, con las palmas hacia fuera y los dedos para atrás. Luego le tuercen las manos hacia dentro, le ponen una cadena en las muñecas y tiran de ella hacia arriba. Su propio peso le retuerce las articulaciones y se las destroza. Varios de los sacerdotes no se recuperaron nunca y acabaron muriendo. Si no tienes un corazón fuerte, no sobrevives. Muchos quedaron lisiados de las manos para siempre ¹⁶.

Un día llegó un transporte con 600 sacerdotes polacos. A mediodía fuimos a recoger los cubos de comida y los vimos de pie en el patio común. Algunos aún conservaban su ropa; otros, vestidos ya con el uniforme de presos, temblaban de frío. Cuando nos reunimos para el recuento nocturno, ahí seguían ellos, les habían dado únicamente el uniforme de verano, sin gorras ni abrigos. Desesperados, se frotaban las cabezas recién afeitadas. Una docena o más se habían desmayado. Eran todos mayores, pues formaban parte del clero de una diócesis, cuyos sacerdotes más jóvenes habían sido arrestados tiempo atrás. Uno de los ocupantes de nuestro barracón reconoció entre ellos a su párroco y estalló en sollozos. Los alojaron en el barracón 28. Transcurridas seis semanas había fallecido un tercio de ellos ¹⁷.

Un día, yo estaba comiendo y se me cayó un poco de sopa en el suelo. Inmediatamente, la bestia (el kapo) me arrancó mi lata de las manos y devolvió al cubo todo su contenido. Al acabar de comer, envió un cubo lleno de esa sopa a sus compañeros ¹⁸.

¹⁶ Jean Bernard, *Un sacerdote en Dachau*, Ed. Palabra, Madrid, p. 51.

¹⁷ Jean Bernard, o.c., p. 94-95.

¹⁸ Ib. p. 95.

Otro día estábamos recogiendo nieve en carretillas. Me caigo al suelo y viene un SS corriendo y me ordena regresar a la carrera con la carretilla llena, mientras él me acompaña todo el camino, golpeándome con el látigo. Cuando llego al arroyo, no me deja descargar la nieve, sino que me obliga a completar el viaje con la carretilla hasta arriba. Cuando por fin el guardia se marcha e intento soltar la carretilla, descubro que una de mis manos se ha congelado, pegada al mango, y tengo que calentarla con el aliento para poder recuperarla ¹⁹.

Un día habíamos estado llevando sacos de cemento a la espalda de unos 40 kilos. Al terminar estábamos agotados y caímos desplomados de cansancio en el suelo. Alguien levantó la tapa del cubo de sopa, pues de un momento a otro la sirena iba a tocar al descanso del mediodía. En ese momento se abre la puerta del cobertizo donde estábamos y un SS ruge: *Os voy a enseñar*. Vuelca el cubo de la sopa que queda derramada sobre la arena. El monstruo se queda en la puerta y a medida que vamos pasando nos pega con un tablón en la cabeza. Nos atamos de nuevo al remolque y a galope tendido nos hace ir hacia la fábrica del pueblo. Sin comida y sin descanso. Los kapos estaban furiosos, pues también ellos estaban castigados ²⁰.

Otro día vimos a dos sacerdotes de rodillas en el suelo y vueltos contra la pared donde los dejaron bajo vigilancia. Llovía y soplaban un viento gélido. Por la tarde, cuando volvimos a pasar, los dos infelices seguían en el mismo sitio, arrodillados y completamente desnudos, mientras desde el piso superior los canallas de los SS arrojaban cubos de agua fría sobre ellos en pleno invierno. ¿Qué había pasado? Durante un registro inesperado encontraron en sus bolsillos restos de polvo verde, delatores del robo de hierbas en el campo. Pudieron volver más muertos que vivos para el recuento nocturno ²¹.

EXPERIMENTOS

El doctor Schilling en febrero de 1942 tuvo permiso para experimentos con los prisioneros sobre tratamientos antipalúdicos. Los primeros cobayas seleccionados fueron los de triángulo verde, es decir, los antiguos criminales. Ellos debían estar con buena salud y no haber tenido antecedentes infecciosos graves. Después investigó con detenidos inactivos de menos de 45 años y en otoño de 1942 con sacerdotes polacos. Los kapos se encargaron de la selección. Escogieron 18 sacerdotes para los experimentos. Después fueron llevando a otros. En total hicieron experimentos con 176 sacerdotes polacos, cuatro checos y

¹⁹ Ib. p. 96.

²⁰ Ib. pp. 123-124.

²¹ Jean Bernard, o.c., p. 143.

cinco alemanes, con investigaciones sobre la malaria. Los escogidos eran infectados con inyecciones de sangre contaminada o con una solución rica en parásitos. Los que sufrían esto debían sufrir después los cuidados que empleaban para curar la enfermedad. Además de inyecciones y toma de quinina, los enfermos eran sumergidos en baños muy calientes y después secados, lo que provocaba saltos de temperatura y debilidad de corazón. Uno de los principales peligros eran los medicamentos que empleaban para curar.

LA LIBERACIÓN

Al ser liberados por los norteamericanos, estos quedaron desconcertados por la epidemia de tifus y no sabían qué hacer. Como medida preventiva, encerraron en un bloque a los contagiados de tifus y les obligaron a guardar cuarentena para recibir los cuidados oportunos. Hicieron fumigación masiva con DDT y campaña de vacunación y el equipo médico americano tomó otras medidas pertinentes. Muchos periodistas se presentaban para tomar fotos de los horrores que veían en los presos famélicos y en los montones de cadáveres aún sin enterrar. En algunos lugares hicieron venir a los alemanes que vivían en pueblos cercanos para que vieran lo que había sucedido sin que ellos lo supieran.

El padre Michel Riquet le escribió al general Dwight: Después de 10 días de la liberación del campo, todavía hay 34.000 prisioneros entre los alambres del campo a pesar de estar impacientes para salir con libertad. En las barracas, visitadas por la prensa internacional, hay hombres amontonados con disentería, muriendo unos 135 por día como en los peores tiempos pasados en este campo ²².

La capilla estuvo abierta a todos, dirigida por los sacerdotes polacos. Todos los sacerdotes de distintas nacionalidades venían a celebrar la misa. El 3 de mayo, fiesta nacional de Polonia, se levantó una cruz de 12 metros de alto y un altar en el lugar en que se habían hecho flagelaciones y ejecuciones en tiempo de las SS. Ese día se celebró una misa por Polonia martirizada. El 8 de mayo, día de la capitulación alemana, se celebró un Te Deum solemne y a lo largo del mes de mayo hubo muchos oficios solemnes. A pesar de que muchos presos fueron liberados y salieron del campo rumbo a sus lugares de origen, muchos sacerdotes se quedaron en el campo, atendiendo a los enfermos y agonizantes, apoyados por la Misión vaticana venida de Francia y dirigida por el padre Jean Rodhaim, que trajo franciscanas misioneras de María para atender a los enfermos. Ellas encarnaron la delicadeza femenina y la caridad en ese campo donde durante varios años había prevalecido la fuerza y la violencia. Ellas salvaron a cientos de vidas humanas.

²² La baraque, p. 221.

A partir de junio, el tifus fue detenido. Habían sido curados unas 19.200 personas en Dachau y 1.400 en Allach. Y así comenzó la repatriación de los que todavía habían quedado y los mismos sacerdotes regresaron a sus lugares de origen a retomar sus tareas pastorales con sus feligreses. Los sacerdotes polacos temían la persecución del gobierno comunista de su país. Muchos de ellos tomaron la dirección de París, donde fueron acogidos por el arzobispo cardenal Suhard y por el Nuncio apostólico Angelo Roncalli, futuro Papa Juan XXIII. Y muchos seminaristas, que esperaban desde hacía varios años su ordenación sacerdotal, fueron ordenados sacerdotes en el verano de 1945.

Este mismo año 1945 se organizó el primer proceso a los verdugos de Dachau, en el que muchos sacerdotes fueron llamados como testigos. El volver al campo donde millares de SS estaban detenidos fue una prueba penosa. Comparecieron 40 acusados, en primer lugar el comandante del campo Martín Weis, médicos de experimentos y kapos, entre los que estaba Fritz Becher, que tanto había hecho sufrir a los sacerdotes. Al final de ese primer proceso, hubo 36 penas de muerte y se ejecutaron de hecho a 28.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo, *The persecution of the catholic Church in the Third Reich, facts and documents*, Pelican publishing company, 2003.
- Bernard Jean, *Un sacerdote en Dachau*, Ed. Palabra, Madrid, 2010.
- François Malley, *Le père Morelli, de Dachau a Netza*, París, Le Cerf, 1986.
- Kazimierz Majdanski, *Miraculé de Dachau*, París, Pierre Tequi, 1997.
- Kazimierz Majdanski, *Un obispo en los campos de exterminio*, Ed. Rialp, 1991.
- Norman Davies, *Varsovia 1944*, Ed. Planeta, Barcelona, 2005.
- Zeller Guillaume, *La baraque des prêtres*, Ed. Tallandier, 2015.